

# **RELACION DE OBJETO Y/O VINCULO**

**Mesa Redonda organizada por la  
Comisión Científica de APdeBA.<sup>1</sup>  
Mayo 1998.**

**Felisa W. de Fisch  
Rodolfo Moguillansky  
Julio Moreno  
Alfredo Ortiz Frágola**

---

<sup>1</sup> La presentación y discusión iniciales tuvieron lugar el 28 de mayo y el 8 de junio de 1998. Posteriormente este material fue presentado en un taller del XX Simposio y Congreso de APdeBA, octubre de 1998.

# Mesa Redonda

## Relación de objeto y/o vínculo

*Felisa Waksman de Fisch, Rodolfo Moguillansky,  
Julio Moreno y Alfredo Ortiz Frágola*

### EXPOSICION DE FELISA WAKSMAN DE FISCH

El concepto de objeto, como todo concepto psicoanalítico, sólo puede definirse en el contexto de la teoría psicoanalítica que se propone. Aun así, la evolución y las contradicciones que surgen dentro de cada teoría hacen inevitables borramientos y reajustes. Me refiero a objeto como equivalente a relación de objeto porque no concibo el objeto psicoanalítico fuera de su vinculación con otro objeto o con el sujeto.

Para los fines de este encuentro quisiera empezar planteando las oposiciones más frecuentes en cuanto al concepto de objeto, que la mayor parte de las veces son puntos de vista de una realidad compleja que se extreman a oposiciones casi esenciales. Tales oposiciones suelen ser:

- a) Predominio de la pulsión vs. el objeto como fuerza motivacional.
- b) Objeto interno vs. representación en la constitución del psiquismo inconciente.
- c) Relación de objeto vs. relación intersubjetiva en la constitución del sujeto.

- d) Objetos internos vs. estructuras psíquicas en los modelos del aparato psíquico.
- e) Ausencia de objeto como origen del símbolo vs. simbolismo en presencia.
- f) Origen interno o externo (experiencial del objeto interno).

Esta lista no agota todas las oposiciones posibles; es una propuesta para comenzar la discusión.

El marco teórico que voy a tomar es el de la teoría kleiniana y algunos aportes posteriores, tal como se ha ido transformando (no digo la he transformado) para mi uso como trasfondo de la tarea clínica. Creo además que es imposible la fidelidad a los textos originales si nos atenemos a los planteos que surgen de las teorías de la intertextualidad, por lo que cada lectura crea un nuevo texto al fundirse con los que lo precedieron en la mente del lector.

Desde la óptica kleiniana es imposible la comprensión del objeto interno sin vincularlo a la concepción de fantasía inconciente (tal como lo planteó Susan Isaacs) y a la teoría de las posiciones. Dejo de lado el punto de vista evolutivo –que me resulta de poco interés– para centrarme en la dimensión dinámico-estructural y en el punto de vista básicamente dramático.

Si bien fue M. Klein la que ubicó el objeto interno y sus estructuraciones parciales o totales en el centro conceptual del psicoanálisis, fue también este concepto uno de los que despertó mayores oposiciones y malentendidos a pesar de las aclaraciones de sus seguidores. Ella pensaba que su línea teórica era una continuación de Freud, Ferenczi y Abraham, fortalecida por el trabajo con niños pequeños que la llevaron a nuevas teorizaciones. No tuvo en cuenta lo arriesgadas que eran sus afirmaciones. Al adherir a la teoría estructural y antedatarla tanto y cambiar tanto la naturaleza de los objetos que constituyen el superyo, estaba planteando otras estructuras, y básicamente otro inconciente.

Una de las críticas de su concepción del inconciente es que se trata de una teoría que refleja una concretud y carece del nivel más abstracto de lo teórico. Esa concretud refleja la naturaleza sensual concreta de las experiencias tempranas, sensaciones de todo orden que se asignan a objetos y se desarrollan en el cuerpo en el que los objetos habitan.

Estas experiencias tempranas permanecen en el trasfondo y

dan sentido a niveles posteriores más mentales, más abstractos.

La tabla de Bion sobre la evolución de los pensamientos expresa mejor estos diversos niveles: el destino posible de los elementos primitivos de la vida mental.

Haré algunas consideraciones acerca de los temas propuestos.

*a) La fuerza motivacional*

En los “Tres Ensayos para una Teoría Sexual”, la motivación es fundamentalmente pulsional, el objeto es intercambiable, contingente. No podría ser de otra forma porque los objetos usados para la satisfacción, para la descarga en términos económicos, son externos al aparato mental incluyendo los del autoerotismo. Si su exterioridad descriptiva no está en relación a un equivalente psíquico (objeto interno), la contingencia se hace evidente (el objeto no se incluye en un sistema significativo)<sup>2</sup>.

El gran salto conceptual en la génesis de los objetos internos lo constituye la introyección del objeto en la melancolía, que enfrenta al yo en un vínculo torturante.

Este objeto amado-odiado, prosigue su existencia intra psíquica. Es en base a estas funciones activas del objeto introyectado, complejo metabolismo del objeto como lo describió Abraham en “Un breve estudio de la evolución de la libido a la luz de los trastornos mentales”, que se fue definiendo la naturaleza de los objetos internos en la obra kleiniana. Casi contemporáneo con el de Abraham, la segunda tópica mostró la universalidad de la identificación secundaria. Al estudiar variadas patologías, Freud contactó con la severidad del superyo, más extrema que los rasgos del padre real. Consideró varias posibilidades: 1) que en el proceso de introyección que sucede a la resolución edípica, se seleccionan los aspectos más severos (Freud, S., 1924); 2) que se produce una defusión instintiva (Freud, S., 1923) y 3) que se produce en el proceso identificatorio una impregnación del superyo de toda la agresión que el niño hubiera querido dirigir a la autoridad (los padres) y que sufrió una restricción (Freud, S., 1930). Es así como en “El malestar en la Cultura” retoma la línea

---

<sup>2</sup>Freud, en su versión de 1905 planteó lo determinante de los objetos infantiles de modo que la “imagen mental” de los padres ejerce influencia en las posteriores relaciones de objeto. Esta “imagen” está lejos de la noción de objeto introyectado.

trazada trece años antes en la introyección melancólica y la dualidad afectiva se asienta sobre la dualidad pulsional.

El objetivo de esta corta revisión es mostrar cómo la oposición entre el predominio pulsional u objetal como  *fuerza motivacional*  pierde sentido cuando el objeto es un objeto interno (no una reduplicación de los objetos externos) y como tal recibe la carga pulsional del ello que condiciona su funcionamiento y su relación con el yo.

*b) Objeto interno vs. representación en la constitución del inconciente*

La riqueza que el concepto de representación tiene en la obra freudiana se desvanece en los escritos de Klein. Su modelo surrealista de inconciente, constituido por fantasías de acciones y pasiones entre objetos y partes del yo muy diversas, se genera en la articulación entre preconcepciones innatas (Klein, M., 1952), perentoriedades pulsionales y aportes sensoriales experienciales.

La inscripción de representaciones, inherente a la concepción freudiana de inconciente, no es rechazada ni aceptada, no tiene cabida en su modelo. Klein acepta la represión como un mecanismo tardío del que no se ocupa dando por aceptado lo escrito por Freud. Su interés en la partición del sujeto (ella diría el self) tiene poco que ver con las barreras que se oponen al surgimiento de lo reprimido y mucho más que ver con las barreras que se oponen a una visión más integrada del mundo y de sí mismo. Por otro lado no maneja la dualidad representación-afecto porque su trabajo clínico sobre el variado espectro de ansiedades requiere la teoría de las posiciones y por ende la de las relaciones de objetos con su carga pulsional.

*c) Relación de objeto vs. relación intersubjetiva*

La diferencia sujeto-objeto tiene sentido epistemológico en cuanto marca un sujeto que conoce y un objeto a conocer. Esto es válido para las ciencias naturales aunque es sabido que el acto de conocer (observar, investigar) modifica al objeto. Pretender que es posible una observación psicoanalítica (el analista como espejo) sin modificar el objeto por la observación resuena como algo

absurdo. De modo que las hipótesis acerca de los objetos internos se generan siempre en una relación de objetos que se exterioriza, y en los indicadores que se generan.

Los objetos internos son *conjeturales*, es decir que a partir de indicios, hacemos un supuesto de su constitución y del tipo de vínculo que liga al yo con el objeto. Estos indicios surgen en la relación con los objetos externos y en la capacidad analítica que permite construir esas conjeturas.

Se mantiene una *relación intersubjetiva* cuando se respeta la autonomía del otro, su capacidad de elegir estar presente o ausente, lo que incluye la vinculación con terceros.

Cuando esta autonomía no se tolera porque la ausencia, adjudicada a la presencia con otro, produce celos intolerables o porque la presencia del objeto y sus cualidades generan rivalidad o envidia insoportable, se anula la relación intersubjetiva.

La identificación proyectiva con la confusión entre el self y el otro genera el prototipo de relación de objeto narcisista que desconoce la intersubjetividad. Estas dos posibilidades corresponden a las dos posiciones kleinianas. La dinámica entre ellas (Ps ↔ D) nos enfrenta con el cambio de indicadores clínicos que nos permiten conjeturar el grado de autonomía, de interioridad y por ende de subjetividad que el sujeto tolera en el objeto. En consecuencia considero la relación de objeto como un concepto más amplio que la relación intersubjetiva que a mi entender define el vínculo. Este es sólo posible cuando se mantiene la discriminación entre sujeto y objeto.

*d) Objetos internos vs. estructuras en los modelos de aparatos psíquicos*

Estamos familiarizados con los escritos freudianos que establecen el origen del superyo por identificación con los padres, interiorizando las prohibiciones de deseos amorosos y hostiles, la auto observación y las funciones del ideal del yo. Pero esta identificación con dos personas le genera un problema de inconsistencia; no sólo es antropomórfico para un nivel teórico más abstracto, sino ¿qué relación tienen entre sí ambos padres, cómo es esa relación intrasistémica? Freud encuentra la solución en las “Nuevas lecciones introductorias” (Freud, S., 1932) estableciendo que no es una identificación con dos personas, no se forma a

imagen de ambos padres sino de su superyo, que en su desarrollo adquiere una cualidad impersonal (Freud, S., 1932). Evita así dar preeminencia a identificaciones maternas, que para el varón es el objeto perdido por excelencia –aunque tenga también ligamen libidinal con el padre. Cuanto más despersonalizado y lejano a mandatos de los padres reales, tanto más posible es que sea enunciador de la ley y la castración.

Klein mantiene y refuerza el antropomorfismo porque las estructuras, tanto el superyo como el ello están relatadas como personajes y tematizadas por las relaciones que asigna a la fantasía inconciente. El objeto introyectado es una estructura y la configuración superyoica es una relación entre los padres totales (niveles más maduros) o entre objetos parciales, centralmente el pene en el interior materno o el pecho y el pezón. Sus relaciones así como las del yo con ellas constituyen las narrativas dramáticas de la familia interna y no los “ciudadanos” del mundo interno, como dice Baranger, porque si fueran “ciudadanos” estaríamos frente a un severo proceso de escisión patológica.

D. Meltzer desarrolló ampliamente esta dramática del mundo interno en términos de objetos parciales y planteó la coexistencia de varias estructuras yoicas en relaciones variadas con diferentes estructuras superyoicas que se alternan en el dominio de la personalidad, en respuesta a cambiantes situaciones externas o internas.

Sus aportes apuntan a que la subjetivación, el sentimiento de identidad, es cambiante: existen mayores discontinuidades en el sentimiento de sí mismo que la aparente continuidad sensorial nos permite prever.

*e) Capacidad simbólica en ausencia del objeto vs. simbolismo en presencia*

En este problema lo que es el origen y su condición necesaria se confunde con la condición necesaria para la persistencia. Es otra confusión entre los hechos reales y los eventos internos. Es conocido que en la teoría de las posiciones, Klein plantea que en la posición esquizo-paranoide no existe ausencia del objeto porque la ausencia es entendida como la presencia de un objeto persecutorio. Mientras la mente rellena lo que falta con una presencia (en términos de oposición), todo lo que sucede se

considera como hechos externos por la proyección y no eventos internos. Y aunque la presencia del objeto malo es también un hecho interno, es indistinguible del externo. En la posición esquizo-paranoide no existe la dimensión temporal y las configuraciones de sí-mismo y del objeto son fijas: presencia satisfactoria=bueno, presencia amenazante=malo. Con el comienzo de la posición depresiva se unifica el objeto, mejor dicho se adquiere el concepto de que el objeto presente y ausente son uno mismo. Se comprende la dimensión temporal: presencia y ausencia se alternan en el tiempo. Es en esta alternancia experiencial y luego conceptual que el símbolo se inscribe, como el símbolo de un objeto que es un otro, distinto y que tiene la libertad de estar presente o ausente.

La preocupación depresiva no es sólo la preocupación por el daño causado por la propia agresión, sino que el prototipo de la agresión lo constituye la dictadura, la falta de libertad, ser dueño del objeto y de sus acciones.

Si el origen evolutivo requiere una ausencia experiencial que genere la concepción de la autonomía del otro, una vez adquirida la capacidad simbólica es independiente de presencia o ausencia, siempre que se tolere que el otro sea un otro libre y desconocido en su interioridad. En “La aprehensión de la belleza” Meltzer plantea el conflicto entre lo visible y lo misterioso. Lo misterioso es para la mente primitiva el interior corporal materno y para los pensamientos más elaborados, el aceptar que el otro es distinto y ajeno.

La intolerancia a esta alteridad se resuelve por la omnisciencia que nace del voyeurismo intrusivo, penetrar en la privacidad del otro, o del vínculo entre los otros (los padres) y creer que se lo sabe todo.

Marc Augé (*Los no lugares, Espacios del anonimato, Una antropología de la sobremodernidad*) me interesó por su tratamiento de los espacios, especialmente los del anonimato con sus consumidores que se contentan con palabras vacías. Como opuesto a esto, “practicar el espacio” en el sentido de trabajarlo como propio, queda definido por una cita de Michel de Certeau: “es repetir la experiencia alegre y silenciosa de la infancia; es, en el lugar, ser otro y pasar al otro”. “La experiencia alegre y silenciosa de la niñez es la experiencia del primer viaje, del nacimiento como experiencia primordial, de la diferencia, del reconocimien-

to de sí, como uno mismo y como otro, que reiteran las de la marcha como primera práctica del espacio y la del espejo como primera identificación con la imagen de sí...”

“Michel de Certeau ve en el lugar, cualquiera que sea, el orden según el cual los elementos son distribuidos en sus relaciones de coexistencia...” “en su configuración instantánea de posiciones”.

Si frente a los espacios “sobremodernos” del anonimato, los del sí-mismo aparecen en estas configuraciones de coexistencia, no es de extrañar que la concepción kleiniana del mundo interno describa configuraciones en las que los elementos –las partes del self y los distintos niveles de integración de los objetos– son distribuidos en tales relaciones de coexistencia que constituyen la base del sentimiento de identidad, en el otro extremo del anonimato o la alienación.

#### EXPOSICION DE RODOLFO MOGUILLANSKY

Me parece más útil para la discusión hacer algún tipo de consideración sobre la noción de vínculo y sólo mencionar parcialmente la idea de relación de objeto, con la que a la mayoría los imagino más familiarizados. Supongo además que otros miembros de la mesa la van a desarrollar extensamente.

Sabemos que la noción de vínculo es polisémica.<sup>3</sup> Voy a comenzar, para entrar en tema, con una definición ostensiva: me siento incluido en un conjunto con ustedes, investido como uno de los que tienen que definir la noción de vínculo. Esto me lleva a una primera distinción entre persona y personaje.<sup>4</sup> El vínculo

---

<sup>3</sup> Algunas definiciones que ya son clásicas: “el vínculo es una estructura inconciente cuya producción conciente son las relaciones entre un sujeto y otro u otros, que organiza lugares desde los cuales cada uno suplementa su subjetividad y es modificado” (Berenstein y Puget). “Pauta que conecta... la pauta que conecta es una metapauta. Es una pauta de pautas” (Bateson).

<sup>4</sup> Llamamos con G. Seiguer personaje a una persona concebida en una sola dimensión, o en quien una dimensión reemplaza a todas las demás; así personaje sería a persona como caricatura es a retrato. “Los lugares no coinciden con las características de quienes los ocupan, o ...personifican, estos lugares los desbordan,... lugar y persona se desbordan mutuamente. La ilusión de lo compartible en una estructura vincular es mayor que lo que efectivamente se comparte” (Moguillansky y Seiguer, *Vida emocional de la familia*, pág. 114). Lo vincular tiene como tarea lidiar no sólo con el malentendido sino con lo

distribuye lugares que se significan recíprocamente. En tanto estoy en un vínculo me encuentro en un conflicto entre el personaje que creo encarnar, que imagino me atribuyen y aquel que presupongo ser. Esto no sólo pasa por la conciencia, lo conjunto creado por los sujetos a su vez sujeta y determina lugares<sup>5</sup> inconcientes, los que son fuente de sentido. La noción de vínculo da una tarea extra para el psicoanálisis, llevar adelante una teoría de lo conjunto.<sup>6</sup>

Cada persona simultáneamente pertenece a diferentes conjuntos, en donde le es otorgado un distinto lugar, se privilegia una determinada dimensión y se le atribuyen distintas significaciones. Participar en un vínculo lleva siempre a un conflicto entre el lugar que es adjudicado, los sentidos que son atribuidos, y las interpretaciones que ese sujeto hace de esas atribuciones. Este conflicto tiende a apaciguarse por la vía del sobreentendido que encubre el malentendido entre estas diferentes fuentes de sentido y a la vez crea un saber que ilusoriamente elimina lo incompatible. Estas primeras frases preanuncian que uno de los temas que

---

incompatible y procesarlo emocionalmente. La creencia de que lugar y persona coincidan es fuente de una certeza ilusoria. Del malentendido puede surgir un saber posible, lo que Kaës llama negatividad relativa, lo incompatible sólo cabe soportarlo, a esto último Kaës llama negatividad radical.

<sup>5</sup> Toda especulación vincular pone en tensión la oposición entre el lugar que otorga el vínculo y la persona que lo ocupa. Nuestra definición (Moguillansky y Seiguer) de lugar se aparta ligeramente de la definición de Berenstein, quien fue el primero que se ocupó del tema. Para él lugar es el espacio que le corresponde a cada posición en la estructura del parentesco (1990).

<sup>6</sup> Freud da por lo menos tres modelos de lo conjunto: el de “Tótem y tabú”, en el que nos explica cómo surge la norma social luego del mítico asesinato del padre; el de “Psicología de las masas”, mostrando cómo la masa se conforma en torno al común ideal del yo y el del “Malestar en la cultura”, en el que nos explica el sufrimiento que provoca tanto la insuficiencia como la inconsistencia de ella. Kaës ha llamado al ideal del yo una formación intermediaria, y coloca en la misma serie las identificaciones compartidas, los síntomas compartidos. Propone como una nueva formación intermediaria su teorización sobre el pacto denegativo. Pienso que debiera ser incluido en esta lista lo descrito por Berenstein y Puget como pactos y acuerdos inconcientes. I. Berenstein desde hace muchos años viene planteando que lo conjunto en la familia está determinado por una estructura familiar inconciente (EFI), que adjudica lugares.

Desde otra vertiente, es importante en este punto, la postulación de Bion sobre los supuestos básicos para entender desde lo conjunto, cómo está signado el funcionamiento emocional de los grupos. Con Seiguer hemos hecho una contribución a las bases emocionales de lo conjunto con lo que hemos llamado estados vinculares.

a mi juicio debiéramos discutir es el de la direccionalidad del sentido.

La noción de vínculo presupone que no sólo significamos nuestras relaciones, sino que somos significados por ellas. Agrega, el pensarnos incluidos en un vínculo, una otra determinación inconciente a aquella con la que estamos familiarizados con la más clásica de “lo inconciente”.

Para abordar el tema propuesto no voy a hacer casi citas, aunque como se verá, incluyo ideas de distintos autores y marcos teóricos con los que me siento en deuda<sup>7</sup>, pero a los efectos de esta reunión las redacto en primera persona. Lo hago así, porque quiero contarles en un tono coloquial mi perspectiva personal. Mi intención era recortar cómo podía ser definida la transferencia como un vínculo, pero se me hacía difícil aislarlo de una descripción que no incluyera un contexto más amplio. Les pido disculpas, que por abarcar ese contexto, ha resultado un texto mucho más largo que el propuesto. Sólo es pertinente para nuestra reunión el punto 3, pero necesitaba el 1 y el 2, para ordenar el tema y como telón de fondo. Sugeriría que a los dos primeros le den una mirada en diagonal.

Voy a explicar brevemente en lo que sigue, cómo creo que aporta la noción de vínculo a tres fenómenos distintos, aunque relacionados y para mí difícil pensarlos por separado:

*1-¿Qué papel juega la noción de vínculo en la constitución subjetiva?*

*2-¿Podemos hacer una descripción psicoanalítica de los distintos vínculos que se establecen entre sujetos con un aparato psíquico ya constituido?*

*3-¿La noción de vínculo es articulable o pertinente en la práctica psicoanalítica, o dicho de otro modo, se puede describir la relación transferencial entre analista y paciente con la noción de vínculo?*

1- No voy a discutir este problema. Sólo quería mencionar que usamos permanentemente nociones vinculares para explicar la constitución subjetiva: “somos, antes de ser, en el sueño de

---

<sup>7</sup> Casi todo lo que expongo proviene de la elaboración que venimos haciendo en este campo con G. Seiguer. Es clara la marca que tiene en nuestra teorización los trabajos de I. Berenstein y J. Puget. Están incorporadas, dentro de mi modo de pensar lo vincular, ideas que provienen de Freud, Bion, Aulagnier, Kaës, Bateson.

nuestros padres”<sup>8</sup>; “nos terminamos de constituir luego de nacer en un vínculo con ellos”<sup>9</sup> en una trama que tiene la estructura del complejo de Edipo”; “dentro de esta trama los padres también se constituyen como tales”; o ideas como “espacio transicional”; “reverie”; “violencia primaria y secundaria”; “transmisión transgeneracional”; “telescopaje”; “identificación”; etc.

Llevan estas ideas a considerar al sujeto del inconciente constituido según dos determinaciones convergentes, la primera: tributaria del funcionamiento inconciente en el espacio intrapsíquico y una segunda: la exigencia de trabajo impuesta a la psique por el hecho de su ligazón con lo intersubjetivo, por su sujeción a los conjuntos de los que procede, familia, grupos, instituciones, etc.

2- Es para mí ilustrativa acerca de la noción de vínculo la siguiente frase: “no existe el sujeto separado y verlo así es el resultado de la percepción conciente” (la frase pertenece a I. Berenstein, en este texto me tomo el atrevimiento de hacerla propia, como muchas otras).<sup>10</sup>

Voy a discutir en este apartado:

*2-1-Qué teorías hay que repensar para incorporar la noción de vínculo.*

*2-2-Cómo entiendo un vínculo.*

*2-3-La idea de complejidad vincular y su relación con lo organizado y lo no organizado en el vínculo.*

*2-4-Cómo queda a la luz de la noción de vínculo, la concepción de “lo inconciente”.*

2-1- Para incluir el vínculo, desde mi perspectiva, es necesario repensar o reformular varias ideas, entre ellas: la noción de

---

<sup>8</sup> Freud (1914) enlaza el estatuto narcisista del sujeto con el del sujeto de la intersubjetividad, al apuntalar el narcisismo sobre el de la generación que antecede. A los hijos les es transmitido los “sueños irrealizados de los padres”.

<sup>9</sup> Freud (1914) “El individuo lleva efectivamente una doble existencia: una en la que es para sí mismo su propio fin y otra como miembro de una cadena a la que está sujeto contra su voluntad o al menos sin la participación de ésta”.

<sup>10</sup> Berenstein (1995) “sin embargo el ‘no’ cae y ello constituye un momento originario. El vínculo no pasa por la percepción, es del orden de la representación... a una representación de un lugar, como un sector del espacio psíquico de una relación a investir y un cierto convencimiento que el otro también habrá de investir”.

contingencia del objeto; la del afecto como correlato subjetivo de la descarga; la del narcisismo; la del inconciente; la de repetición; etc.

Sobre la contingencia del objeto acudiría a una cita de Green (*La metapsicología revisitada*, 1996): “se ha querido oponer la sexualidad (la pulsión) a la objetividad siendo que desde una perspectiva freudiana ambas son inseparables. Con el concepto de ‘relación’ (de objeto), no se trata sino de dar nombre al vínculo sexual, sobre el presupuesto de que la esencia de la sexualidad no es solamente placer sino también vínculo”. La idea de contingencia del objeto no da cuenta dentro del vínculo sexual de la complejidad emocional que presuponemos adscripta a la genitalidad.

Respecto del segundo problema, diría que un modelo que tiene por meta desembarazarse de la “energía” no puede abarcar y explicar los niveles crecientes de complejidad emocional vincular.<sup>11</sup>

No quiero extenderme más en este punto, sólo nombrar que desde la noción de vínculo parece más adecuada una concepción de inconciente abierto a nuevas inscripciones, un inconciente que no se cierra con la represión de la sexualidad infantil.<sup>12</sup>

Respecto de la repetición, la presencia del otro establece un tope –se ha intentado pensar esta cuestión con la idea de acontecimiento de Alain Badiou– a la imagen anticipada que se pone en juego (lo que habitualmente llamamos relación de objeto), desde el intento de reencuentro con un objeto pasado. Esta presencia opera, creando una ausencia que eventualmente puede ser simbolizada.<sup>13</sup> Estamos acostumbrados a pensar cómo el vacío de la

<sup>11</sup> Este tema lo hemos discutido en extenso con G. Seiguer en nuestro artículo “Reconsideración de la genitalidad”.

<sup>12</sup> Puget dice “en determinadas circunstancias fluctuaciones de origen externo e interno pueden generar nuevas estructuras y, por ende, convertirse en fuentes de orden (Lo que está entre comillas es una cita de Prigogine). Ello sustenta dos funciones...: la función adaptativa..., y la función innovadora, que depende de la influencia de acontecimientos incontrolables. Estos son capaces de introducir elementos innovadores que pueden ser anulados como intrusos o generar nuevos modos de funcionamientos y engendrar una nueva sintaxis”.

<sup>13</sup> No alcanza con la mera presencia del otro para que este tope lleve a considerarlo distinto de como lo anticipamos (a esta anticipación la llamaríamos relación de objeto). Para que lo inasimilable del otro se conciba como ajeno es necesario un trabajo vincular, que tiene como fundamento contener emocionalmente esta diferencia. Esta contención emocional es lo que más adelante llamo negatividad.

ausencia necesita ser simbolizado; sin renunciar a esta formulación estoy agregando que la presencia crea una ausencia al no coincidir con la anticipación que desde la relación de objeto se hace. En la repetición entonces se produce además una diferencia, ya que en el intento de reencuentro se suma algo novedoso y traumático aportado por lo ajeno del otro (me parece interesante en este punto cómo piensa la repetición Deleuze).

2-2- Con el término vínculo se intenta cubrir las experiencias emocionales tanto derivadas de los intercambios estables como las de contacto inédito. Me voy a ocupar de las estables. Mantenemos diversas ligaduras estables dentro de nuestra realidad psíquica. Según el territorio en que tienen lugar se pueden distinguir<sup>14</sup>: las intrasubjetivas, entre representaciones del cuerpo y su conexión con un otro; las intersubjetivas, entre dos yo deseantes, coloquialmente a este tipo de ligadura llamamos vínculo; por último las transubjetivas, con las representaciones psíquicas inconcientes socioculturales.

Sugiero que todo vínculo intersubjetivo estable<sup>15</sup> tiene como cimiento una experiencia fusional que se da sobre el modelo del encuentro ilusorio con lo idéntico o lo complementario (lo que Kaës llama negatividad por obligación): *his majesty the baby*, en la relación parento-filial; el enamoramiento en el vínculo de alianza; los fenómenos de masa en las instituciones; las transferencias preformadas en el vínculo analítico. Estas representaciones del vínculo tienen una marca corporal, por ejemplo en el enamoramiento se construye una representación de cuerpo compartido<sup>16</sup>, etc. En ese estado fundacional no hay sensación de alteridad, se elimina lo ajeno, lo diferente y se es parte de “lo uno”. La consistencia narcisística de lo uno se articula en una función de formulación, la formulación de un dogma del cual se heredarán ideales vigentes en ese vínculo. Presuponer este modo de fundación no parte de un observable, es reconstruible desde la queja, la desilusión que se establece en cada vínculo por el pasado perdido.

<sup>14</sup> Esta distinción pertenece a I. Berenstein y Puget.

<sup>15</sup> Esta descripción de vínculo, tanto en sus aspectos fundantes, como en la emocionalidad en juego, sigue los lineamientos de lo que hemos escrito con G. Seiguer en *La vida emocional de la familia*.

<sup>16</sup> Berenstein y Puget, ya en 1988 habían llamado la atención sobre cómo las separaciones eran vividas al modo del miembro fantasma, clínica atribuible a la fusión entre los yoes.

Cada vínculo estable tiene que lidiar a poco andar con algo del orden de la desilusión, de lo negativo<sup>17</sup>: una falta, una ausencia, un estorbo, un retardo, una interrupción por referencia a una continuidad ilusoriamente posible. Tanto desde nuestra realidad psíquica individual como en los vínculos que constituimos, no nos resulta fácil concebir el dolor como parte integrante de la vida mental. Correlativamente, una creencia habitual es que el dolor o el sufrimiento han aparecido por obra de algún suceso que ha interrumpido un estado previo de gracia. El mito del Edén, según el cual fuimos expulsados del paraíso por cometer el pecado original, es una creación social que da forma a esa creencia. Algún uso de la teoría del trauma entre los psicoanalistas, a mi juicio tiene un sentido similar.

De modo esquemático se pueden dibujar tres destinos dentro del vínculo para tramitar la desilusión (voy a tratar de hacer una descripción de estos destinos, lo más evocativa posible, desprovista de la nomenclatura psicoanalítica habitual):

2-2-1- *El intento de recomponer la situación inicial*. Lo que mejor expresa esto, es la clínica del reproche.<sup>18</sup>

En el reproche se reclama ante algo que frustra o priva, afirmando que hay una causa o un responsable para que lo negativo se produzca. Para el reproche no hay azar, ni algo inefable; le da un sentido pleno a la ausencia de sentido desplegándose una causalidad que explica lo que no debió ocurrir (pienso que esta formulación sobre el reproche es similar a la descripción de Bion de -K). La lógica del reproche está originada en un error o maldad ajena o propia, tomando en este último caso la forma del autorreproche. Suele centrarse en el malentendido dado por la disyunción entre atribución e interpretación, intentando el aniquilamiento de una de las versiones (puede ser la propia en el autorreproche). Dentro del reproche hay una dificultad de imaginar una terceridad o un espacio ajeno, autónomo al vínculo, no concibiéndose la existencia de algo irreductible o

---

<sup>17</sup> Negativo aquí está usado en el sentido coloquial del término, como inverso de lo positivo; también aparecerá en el texto negativismo y negatividad que aluden a fenómenos diversos.

<sup>18</sup> En un artículo que es ya clásico, Puget y Berenstein (1982) mostraron al reproche como expresión del fracaso en mantener la completud del enamoramiento. Con G. Seiguer lo hemos articulado como uno de los destinos de lo negativo.

inasimilable del otro. Se intenta a través del reproche reinstalar las míticas condiciones iniciales, que suele tomar la forma que conocemos como la polarización sadomasoquista; en ocasiones vemos en un vínculo en el que predomina el reproche, una configuración similar a la de un grupo dominado por el supuesto básico de lucha y fuga.

2-2-2- *La pérdida de complejidad vincular*. Aunque no es del todo feliz, a falta de otra palabra para nombrarla, hemos recurrido con Guillermo Seiguer a la noción de negativismo.

Es una noción que viene de la psiquiatría, con la que se designa un estado emocional sin emoción. Es la expresión del fracaso en un vínculo para convivir con un mundo relacional impregnado por sentimientos, el vacío emocional que reemplaza la emoción ante la desilusión. Corresponde al intento de solución frente al dolor psíquico por vía de la pérdida de complejidad vincular. La trivialización dentro del vínculo es una de sus consecuencias. El correlato individual lo podemos encontrar quizás en el cinismo, el retraimiento narcisista o en la clínica que resulta del splitting forzado descripto por Bion.

2-2-3- *La contención de lo negativo: la negatividad*.<sup>19</sup>

Alude a un estado emocional que supera el reproche. Lo sustituye al contener la desilusión. Es el sentimiento sin resentimiento, la emoción no indiferente ante lo no esperado, ante lo no significado, ante lo imposible de significar, sin recurrir a una causalidad (a mi juicio esta descripción es compatible a nivel individual con al menos una versión de posición depresiva). Es la condición de posibilidad de una mayor complejidad vincular. Cuando es posible a nivel vincular contener esta negatividad, se produce una creación de lo común en la que se tensa al máximo la diferencia (podemos encontrar una correlación entre esta formulación y contener la emocionalidad del conflicto estético del que nos habla Meltzer). Concebir este hiato (lleva a recortar y tolerar una alteridad irreductible, lo que Kaës llama “negatividad radical”, que excede la disyunción entre atribución e interpretación) crea las condiciones para pensar un espacio exterior al vínculo. No pienso que cuando se contiene lo negativo se acceda a una fantasía en común (como la que propone Baranger); sí, si se tolera puede darse un procesamiento de las emociones no deter-

<sup>19</sup> A este estado con G. Seiguer lo hemos llamado “estado vincular”.

minista y sin una secuencia causal, que contenga emocionalmente esta dimensión traumática dado por lo inasimilable de los sujetos incluidos en el vínculo. Cuando se cree alcanzar una fantasía en común, se reinstala la ilusión fusional del narcisismo.

Sugiero que sólo en estas condiciones de negatividad las palabras operan como significantes, y es posible concebir tanto la disyunción entre la atribución y la interpretación de significados, como la imposibilidad de terminar de significar lo vincular. Cuando esta negatividad no se sostiene, siendo esto lo habitual en nuestras conversaciones cotidianas, operamos con significados fijos, al modo de lo que Money Kyrle describe en la realidad ingenua, y en algunos casos el diálogo se distorsiona hasta tal punto que se participa en un diálogo de sordos, compatible con la descripción de Bion de “reversión de la perspectiva”. La complejidad emocional dada por la tolerancia a la realización negativa en el vínculo permite simbolizar el espacio de la desilusión. Con simbolizar quiero decir llegar a algo equivalente a lo que Money Kyrle llama lenguaje de segundo orden o Green procesos terciarios. El significado que se puede extraer de la ausencia (lo que Kaës llama negatividad relativa) deja siempre un resto (lo que Kaës llama negatividad radical).

Cuando es posible contener la negatividad vincular se hace cierto que el ámbito de la experiencia personal no se colma con la visión que yo tengo de mí y del otro, es además parte de la experiencia lo que se llaman metaperspectivas –mi visión de la visión que tiene el otro de mí. Tenemos cuando se contiene la negatividad, un vínculo entre un yo y otro sujeto (observen que no digo objeto) con pasión en juego (vínculo L y H) y además ese otro no es anticipable, ni cognoscible totalmente. Es un otro no asimilable por las representaciones que se tienen de él, es un otro a conocer (ésta es mi versión de vínculo K). No alcanza sólo con la teoría de la identificación proyectiva, ella no da cuenta ni del tope que el otro pone a la fantasía anticipatoria que tengo de él, ni a la influencia que el otro ejerce sobre mí con la imagen que él tiene de mí. Esto me va a llevar más adelante a discutir cómo la noción de vínculo sitúa al sujeto de manera distinta respecto de la direccionalidad de los sentidos determinados por lo inconciente.

Como adelanto, diría que al yo de cada sujeto se le imponen dos trabajos, desde su propio inconciente y desde el vínculo. Los dos recortan dos zonas opacas para él y las dos lo determinan. La

pertenencia a lo conjunto, desde esta perspectiva, da una otra marca de división subjetiva, agrega una nueva herida narcisista a las tres descriptas por Freud.

En resumen, pienso que en el vínculo, en su mejor rendimiento tenemos una alternancia entre estados fusionales (sin alteridad, cuyo modelo lo encontramos en el enamoramiento) y estados en donde la desilusión puede ser contenida y se concibe la alteridad, siendo esta conciencia de lo inasimilable fuente de encuentro. Esta alternancia no siempre se logra y cuando esto sucede observamos toda la clínica del reproche o la pérdida de complejidad emocional que puede estabilizarse y burocratizar el vínculo.

2-3- Dentro del vínculo distingo un aspecto estable (un *establishment* vincular): hábitos, costumbres, sobreentendidos y también peleas cincelados por los ideales heredados de los modos fundacionales y una turbulencia derivada de lo no asimilable del otro dentro del vínculo. La complejidad emocional la pienso como el resultado de abarcar, no siempre con éxito, la oscilación y alternancia entre el orden y el desorden vincular. Encolumno como orden la consistencia ilusoria de los estados fusionales derivados del sentimiento de lo uno y lo que considero sus retoños, los aspectos organizados y estables del vínculo. Llamo desorden al colapso que acompaña cada pérdida de esa ilusión, como también a una de sus alternativas, su modulación a través de la contención dada por la negatividad. Con contención quiero decir, que si bien la alteridad es irreductible en el vínculo, compartir emocionalmente esta desventura crea un sentimiento vincular al que con Guillermo Seiguer llamamos “confianza”. Los aspectos organizados del vínculo se estabilizan alrededor de una regularidad de intercambios que dan orden y previsibilidad. El *establishment* vincular se condensa en historias compartidas y es fuente de lo que llamamos “seguridad”, de ellos deriva una de las fuentes del sentimiento de pertenencia. En él la conciencia de la opacidad del otro es mínima. En cambio dentro de la negatividad contenida dentro del vínculo la alteridad es máxima. En su mayor desarrollo la emocionalidad dentro de un vínculo es alternante, deben tolerar la ansiedad frente a la transitoriedad de la experiencia de encuentro que no puede ser sostenida, se organiza y se contiene a través del *establishment*. Cuando sólo existe éste (lo establecido), el vínculo pierde pasión, se estereotipa y queda como una cáscara vacía.

2-4- Cuando se opera con la noción de vínculo se discute la direccionalidad de la significación inconciente.

Algunos como I. Berenstein han postulado la existencia de una estructura familiar inconciente. Otros como Kaës hablan de efectos inconcientes en el vínculo. Mas allá de la posición que se tome, nos lleva a la discusión acerca de la direccionalidad del significado. Tenemos una versión que dice que el psicoanálisis nació al renunciar a la “neurótica”<sup>20</sup> con su causalidad histórica y social, y desde la misma concebimos cómo la significación se orienta desde un adentro hacia un afuera. Por eso dice Freud que lo más real es el deseo inconciente. Mas allá de esta versión, que comparto también en tanto participamos en vínculos, somos significados desde ellos.

3- El dispositivo analítico fue diseñado para apartar la subjetividad del analista, el encuadre preservaba la comprensión del paciente de sus gustos y preferencias. Sabemos de las fórmulas “frío como un cirujano”, “analista reflejando como un espejo” y la correlativa definición de contratransferencia como obstáculo. Como contrapartida también conocemos los abusos del “yo siento” luego de la reconsideración que tuvo la noción de contratransferencia con Heimann y Racker. La mayoría de los autores coincidieron en que la situación analítica debía crear un campo de observación donde los datos sean proporcionados por el analizado. La proposición de Bion “sin memoria ni deseo”, apuntó a un analista sin ideas preconcebidas acerca del paciente y al intento de descubrir alguien distinto cada sesión, sin quedar anclado en un conocimiento previo. Sin embargo la incorporación de la idea de contratransferencia marcó un hito, no se podía desconocer la participación emocional del analista en la situación analítica. También aquí nos ayuda Bion con la noción de *reverie*. El concepto de campo<sup>21</sup> en la situación analítica surgió al

---

<sup>20</sup> “He dejado de creer en mi neurótica”. Carta de Freud a Fliess del 21 de septiembre de 1897.

<sup>21</sup> Los Baranger unen dos ideas en la noción de campo:

1- la situación analítica debe ser explicada por las líneas de fuerza surgidas en esa especial y novedosa configuración entre sus dos protagonistas, y

2- se configura como una fantasía inconciente en la cual ambos, analista y paciente están involucrados.

Hasta que no se logre esta fantasía compartida, según los Baranger, el analista no hará más que teorizar acerca del paciente.

calor de estas ideas: los dos miembros de la pareja analítica están ligados y ninguno puede ser entendido sin el otro. Se discutió entonces sobre el modo en que el analista participa en esta “fantasía de pareja” que proponían los Baranger. Aunque esta última idea fue relativizada incluso por sus inventores, creo poder encontrar en lo que sigue un lugar para ella. Sin desdibujar el *setting* analítico, ni la asimetría de analista y paciente, y tampoco perder la regla de abstinencia. Creo que puede traer ventajas definir la transferencia como una estructura vincular.<sup>22</sup> Pienso que el analista ofrece una disposición a la transferencia que puede ponerse en juego o resultar obstruida por sus conflictos infantiles o actuales. El analista establece una relación estable con cada paciente y éste con el analista. Se crea una pauta que conecta que es particular en cada relación analítica. Cada par analista-paciente tiene una singularidad que también, probablemente señala, los límites que este análisis puede tener.<sup>23</sup> Un paciente puede hacer a su analista más o menos inteligente, más o menos curioso, más o menos creativo, más o menos amplio, más o menos conectado, más o menos vivaz, y recíprocamente el analista con el paciente. La relación analítica crea un vínculo que tiene consecuencias en la subjetividad del paciente y del analista<sup>24</sup>. Benito López solía decir que las interpretaciones iban dirigidas al analista, a curar al analista y que el paciente se beneficiaba por añadidura. El vínculo transferencial opera dentro de un marco estable y en él se despliega una ligadura móvil, oscilante, pulsátil, cambiante en cada sesión o en los diferentes momentos de ella. Sabemos de la dificultad de que lo estable tome la significación de lo no analizable o pensable. La transferencia se reabre como vínculo cada vez que se ponen en juego aspectos conflictivos o críticos del paciente y del analista, y sólo se vuelve

---

<sup>22</sup> I. Berenstein ha hecho en múltiples publicaciones, abordajes similares al que yo propongo en este texto.

<sup>23</sup> “Esto quizás lleve a considerar la transferencia no sólo como la repetición del pasado infantil, sino también que la transferencia produce en la relación con ese analista algo que nunca tuvo lugar, ese vínculo inconciente produce al paciente y al analista” (I. Berenstein). Agregaría que para esto es necesario tener una concepción de un inconciente abierto.

<sup>24</sup> Las modelizaciones de Bion acerca de vínculos parasitarios, mutuamente destructivos, o mutuamente enriquecedores dan a mi juicio excelentes descripciones del vínculo transferencial.

significativo si está impregnado por la emoción. En un análisis en el que no hay compromiso emocional, no hay “ruido emocional”, difícilmente se logren cambios.

Como todo vínculo impregnado por la pasión, está permanentemente atraído por el sentimiento de lo uno (éste es el lugar en donde a mi juicio puede surgir la fantasía común postulada por los Baranger) y amenazado por la aparición de sentimientos dolorosos que pongan en cuestión esta ilusión de unicidad. Ante el surgimiento de la desilusión, las líneas de fuerza en el vínculo suelen orientarse hacia el retraimiento, necesitando el otro frustrado para sostener el equilibrio narcisista. El analista pasará a sentirse efectivamente frustrado ya que también, si está comprometido en el vínculo, ofrece su disposición a ilusionarse. Es función del analista la contención, modulación y transformación de este sentimiento negativo (su desilusión) en algo pensable. Aquí quisiera citar a Alejandro Gallo (en su relato en el último simposio), porque expresa en este punto lo que pienso: “No creo que ésta (la interpretación) pueda ser pensada sólo como algo que el analista le aporta al paciente... como se refiere al sujeto mismo, y a esta parte ajena y familiar... es más la inconsistencia que señala que la laguna que rellena”. La interpretación, tiene como una de sus funciones reinstalar la negatividad dentro del vínculo<sup>25</sup>, clausurar la posible colusión narcisista dada por la fantasía en común. Soy consciente que estoy dando una versión muy limitada, sólo tiene el interés de mostrar cómo se puede pensar la transferencia desde un vértice vincular.

#### **EXPOSICION DE JULIO MORENO**

Cada vez que una presunta novedad irrumpe en disciplinas como la nuestra, suele provocar dos reacciones que, aun cuando parezcan contrarias, resultan de efecto semejante. La primera considera que la “novedad” ha iluminado de tal modo el campo que todo otro recorrido, pasado o futuro, resulta despreciable. La segunda reacción consiste en desposeer anticipadamente a lo

---

<sup>25</sup> Con Elizabeth T. de Bianchedi trabajamos en varios textos este punto en torno a lo que llamamos suceso, y cómo aparecía como condición de posibilidad de concebir lo nuevo, la desidentificación.

“novedoso” de su cualidad de tal, generalmente por considerar que “*ya estaba dicho en...*” seguida por nombres de talla parental (Freud, Klein, Bion, Winnicott, Lacan). Cuando se trata de una genuina novedad, de un acontecimiento en la teoría, las dos reacciones hablan de algo verdadero: es tan cierto que lo anterior deberá revisarse a la luz de lo nuevo, como que en las teorías “anteriores” podrá siempre localizarse antecedentes de eso novedoso. Aun cuando esos antecedentes no son “gérmenes” o “semillas” de la nueva idea sino que, en rigor han sido generados por el mismo acontecimiento (I. Lewkowicz, 1997). En realidad, tanto los deslumbramientos enceguedores como la repulsa anticipada están destinados a anular los efectos disruptivos de la presunta innovación. En este recorrido (acerca de lo novedoso que pudiéramos encontrar al abordar el tema de lo vincular), trataré entonces de moverme lo más lejos posible de esas dos tentaciones.

Un eje histórico que me parece central parte del impacto producido en las Ciencias Humanas por los conceptos freudianos de “repetición” y “determinación inconciente”. La idea de un “destino” existía antes de la irrupción del psicoanálisis, pero éste se pensaba forjado en algún escenario divino o por la voluntad conciente del interesado. Fue el psicoanálisis el que dijo, y con voz potente, que nuestras relaciones, nuestras elecciones, nuestra vida, no están determinadas por dioses ni al alcance de los que las padecen; están de algún modo escritos en la mente: tienen *determinantes inconcientes*.

“*Todo ser humano, –decía Freud en 1912– por efecto conjunto de sus disposiciones innatas y de las influencias que recibe en su infancia, adquiere una especificidad determinada para el ejercicio de su vida amorosa ... lo que da por resultado un clisé (o varios) que se repite en la trayectoria de la vida....*” (SE, XII:99).

La enorme potencia de ese descubrimiento pudo habernos velado la visión del polo vincular, como veremos más adelante.

Luego, por supuesto, surgieron modificaciones pero, según creo, éstas<sup>26</sup> en realidad sólo reforzaron o perfeccionaron desde

---

<sup>26</sup>Incluso las llevadas adelante por Klein y Lacan. A los kleinianos les permitió concebir un *mundo interno* con objetos capaces de interactuar entre sí, modificarse, etc. Lacan resaltó las consecuencias de lo imposible del reencuentro con el objeto, atribuyendo a la diferencia entre la formulación de la expectativa y la expectativa la razón del deseo.

perspectivas diversas, la estupenda idea de que en sus “*encuentros*” y “*relaciones*” los humanos tienden a repetir engramas inconcientes originados en el pasado infantil. El llamar “*relación de objeto*” a esas disposiciones es un recorte, lo sé, que desestima importantes diferencias entre “representación”, “significante” y “objeto interno”, o entre “inconciente”, “mundo interno” y “otro”. Pero mi objetivo es tratar de entender cómo se relacionan los términos del título de esta mesa y, de ser posible, resaltar cómo modifica, si es que lo hace, el concepto de vínculo al de relación de objeto. Para ello requiero de contrastes marcados que luego tal vez pueda ajustar. A veces es bueno evitar los contornos borrosos que hacen inexpugnables algunos de nuestros conceptos, aun cuando al hacerlo dejemos de lado importantes travesías teóricas.<sup>27</sup> Cabría de todos modos anticiparse a una confusión que puede generar el uso del término “objeto” como “objeto de la pulsión”, del que Freud resaltó su carácter aleatorio, y el uso de “objeto” como “relación de objeto” (término poco usado por Freud) que enfatiza la determinación inconciente (sexual e infantil) de la elección *de* y de la relación *con* ese objeto.

Pero los recortes que me veo obligado a hacer para poder seguir adelante no se circunscriben al concepto de “*relación de objeto*”; se extienden al de “*vínculo*”. Efectivamente, no me referiré como tal al concepto filosófico forjado por Leibnitz y los escolásticos (*vínculo sustancial*); ni al concepto de “*vínculo*” o función vinculante de W. Bion; ni del todo a lo que en 1989 plantearan Berenstein y Puget (en cuanto a la territorialidad intrasubjetiva para la relación de objeto e intersubjetiva para el vínculo).

Voy a adelantar ahora la hipótesis con la que plantearé los conceptos que convocan esta mesa: considero que “*relación de objeto*” y “*vínculo*” no son términos complementarios ni opuestos, sino que aluden a los vértices o polos extremos de un segmento que se pone en juego, con *ambas* vertientes presentes, en cada relación de un humano (noten que llamo “relación” al

---

<sup>27</sup> Por ejemplo cuando Klein menciona la interacción moduladora entre el objeto interno y el mundo exterior, o cuando Lacan habla del objeto *a* como aquello que escapa a la determinación significante (más no a la determinación), o en “Análisis Terminable e Interminable” donde Freud pone en duda que se pueda hacer pasar por la transferencia toda la potencialidad repetitiva de un individuo.

modo general en que un sujeto interactúa con otro, que es lo que comúnmente suele denominarse “vínculo”):

**Relación \***

Relación de objeto ]—————[Vínculo  
 (\*) o “vínculo” en el sentido habitual del término

En el vértice “*relación de objeto*” el énfasis está puesto en lo repetitivo. Las peculiaridades propias del objeto externo tienden a ser, por así decir, arrasadas por las del interno. Lo particular y diferente del presente es barrido por el pasado que busca actualizarse. La exigencia es que el otro se adecue a los objetos internos. Lo posible de esta adecuación se basa en el establecimiento de las duplas presencia/ausencia (del objeto real) y semejante/diferente (Berenstein, 1998).<sup>28</sup> La transferencia (entendida en este polo como repetición) y el analista (como un espejo), constituyen el ámbito ideal para el despliegue y el análisis de la “relación de objeto”. No importa mucho quién es el analista (más allá de su competencia y habilidad interpretativa) ya que, sea quien sea él, la repetición le dibujará sobreimpresos los contornos de los objetos internos, de los *clisés* de los que se trate. El psicoanálisis clásico individual, tal como lo concibió Freud, es el dispositivo óptimo para el despliegue y develación del polo “relación de objeto”. Los dispositivos llamados “vinculares” suelen obstaculizar tanto su despliegue como su develación.

En el otro extremo del segmento donde transcurre la vida relacional está “*vínculo*”, entendido como la puesta en juego de las marcas de lo que del objeto real externo es incapturable por no ser subsumible a las representaciones con que cuenta o puede disponer el sujeto. En este sentido el extremo vincular del segmento pone sobre el tapete lo *ajeno* del objeto. No hay repetición que logre enlazar esas marcas de lo ajeno a las relaciones de objeto de las que ese sujeto es capaz (o al conjunto de representaciones de las que dispone). Sin embargo, y ésta es una de las postulaciones fuertes, lo ajeno no deja de tener consecuencias: tocado por sus marcas enigmáticas, el sujeto puede incluso hasta

---

<sup>28</sup> La primera es esencial para la formación de símbolos. Para que pueda pensarse la diferencia debe contarse con algún término que permita razonarla (como el falo en la teoría fálica de la diferencia de los sexos, lo que desarrollé en mi trabajo sobre la castración de 1997).

mutar. El polo vincular se evidencia cuando el sujeto entra en relación con algo para lo que carece de antecedentes, algo nuevo para él, ante la *presentación* (como opuesto a la re-presentación; I. Berenstein, 1997) del objeto. La transferencia entendida en este polo hablará preponderantemente de sus *encuentros* con lo que resulta ajeno al paciente de la situación analítica (incluido el analista). En este polo sí importa quién es el analista en sus peculiaridades ya que éste es todo menos un espejo y los encuentros posibles dependerán –entre otras cosas– de sus particularidades y su estrategia. Los dispositivos “vinculares” son los más aptos para el análisis de este polo; los clásicos o “individuales” pueden encontrar aquí un obstáculo tanto a su despliegue como a su develamiento.

Ahora bien, cualquier relación interhumana, sobre todo las significativas, implica la puesta en juego de los dos vértices suplementarios “relación de objeto” y “vínculo”. Por lo tanto, en todos los casos habrá relación de objeto (como puesta en juego de las representaciones internas) y vínculo (en tanto ajenidad puesta en juego por la presentación del objeto externo). Es más, el conflicto podría ahora entenderse no sólo como la puja entre repetición infantil y defensa (todo ello perfectamente compatible con el universo representacional), sino *además* entre los polos “relación de objeto” y “vínculo”. O sea entre aquello asimilable a la serie de representaciones de las que uno dispone del otro presente, y aquello ajeno del otro.

Sería un error, no obstante, considerar que “vínculo” y “relación de objeto” son figuras complementarias que juntas forman un todo, como el *ching* y el *chang*. Tal vez mi manera de exponer la *relación* como un segmento con “*relación de objeto*” y “*vínculo*” como sus extremos pueda haber generado esa falsa impresión. Más bien prefiero pensarlos como ramas de distinto árbol, como radicalmente diferentes. Vínculo y relación de objeto no tienen entre sí relación lineal; son polos de una alternancia suplementaria: por ser incompatibles el vínculo obliga a una reformulación de la relación de objeto y viceversa. En una *relación* la presencia del polo “vínculo” hará trabajar al polo “relación de objeto” hasta que este último choque con las marcas de lo ajeno, vincular del objeto. Así podríamos pensar la transferencia de este modo: lo repetitivo se despliega en la relación transferencial, inevitablemente encuentra en algún lugar un obstáculo en la *presentación*

de lo ajeno del otro o de un aspecto del otro cuyas marcas resultan irreductibles a la serie de repeticiones que sustentaban la transferencia hasta entonces. En esos momentos surge el vértice vincular del segmento, y éste lanza la serie repetitiva en una nueva dirección que intentará enlazar algo de eso ajeno... etc. etc.

Desde esta perspectiva vale la pena reformularse la conocida y mítica “*experiencia de satisfacción*”. Freud la entendió fundamentalmente en términos de repetición (tanto en su génesis como en sus efectos): del pecho real y de la experiencia se recortan e inscriben imágenes que luego, frente al aumento de la tensión de necesidad se pueden repetir alucinatoriamente y orientar la búsqueda del objeto que luego, un poco misteriosamente, deviene sexual. Uno de los problemas de este planteo (señalado por Laplanche) es que nada de lo que es el “deseo de la madre” quede inscripto o tenga efecto. ¿Qué agregaría a este panorama el pensarlo en términos de vínculo? El deseo de la madre (deseo inconciente, ajeno a ella misma), el “*¿qué quiere ella de mí?*” del *infans* podrá no ser comprendido por él, pero su presencia (como enigma) le produce efectos. Como psicoanalistas no podríamos negar que el bebé toma contacto con el hecho crucial de que ella y su pecho no son pura fuente nutricia sino, además, portadores de un deseo otro que el de alimentar. Aun cuando sus marcas permanezcan ajenas, incomprendidas o enigmáticas ese deseo sexual de la madre que se constituye en el polo vincular de la relación produce efectos. Es más, pronto la madre misma tendrá con el bebé una relación que no es pura repetición de sus *clisés* o relación de objeto con él. Más allá de ser su anhelado pene, se abrirá paso un interior, un deseo en el niño cuyas marcas comenzarán a serle ajenas a ella, como una incógnita incapturable que, sin embargo, producirá efectos subjetivos en la madre. La relación madre-bebé entendida en la dimensión del segmento *relación de objeto-vínculo* es definitivamente más compleja, pero más acorde con la experiencia psicoanalítica que la que ofrece un planteo unidireccional que va de la representación al objeto.<sup>29</sup>

---

<sup>29</sup> El deseo del niño ahora no podría concebirse como la diferencia entre su necesidad y su demanda ni como originado en un interior pulsional que se proyecta en los objetos; contiene desde su origen algo no traducible en términos de lo representacional circulante, algo que hará ajeno a su propio inconciente y tiene su origen en el vínculo con el otro: lo enigmático del deseo de su madre.

Por último quisiera retomar el tema de que toda novedad puede generar sus antecedentes o crecer alrededor de inconsistencias de las teorías que le anteceden. Pienso que la existencia de un polo vincular en el que las marcas ajenas del otro generan excesos no capturables por el devenir repetitivo pero producen efectos de subjetivización, tiene efectivamente antecedentes en las teorías y ha generado producciones en ellas. No sabría decir con solvencia cuáles, pero me animo a aventurar dónde comenzaría a buscarlos: en la teoría freudiana, en los desarrollos ligados a “la cosa” (*das Ding*) y en su nunca del todo abandonada “teoría de la seducción”; en la kleiniana, del lado de la identificación proyectiva; y en la lacaniana alrededor del objeto *a* y el fantasma. Son lugares donde, entre otras cosas, se teoriza alrededor de una dificultad para dar cuenta de cómo lo externo, la presentación del otro produce efectos en el sujeto.

#### EXPOSICION DE ALFREDO ORTIZ FRAGOLA

Quiero anticiparles que lo que voy a mencionar hoy va a centrarse en algunas breves reflexiones acerca de la relación de objeto y el vínculo, en relación al self, lo cual guarda estrecha relación con mi manera de trabajar en la clínica durante muchos momentos y también con mi forma de pensar cuestiones teóricas (cuando intento esta complicada tarea).

Al respecto les confieso que al principio sentí que hubiera preferido que otra persona se hubiera hecho cargo del problema de transmitir o comentar algunas de estas ideas, que si bien no son tan nuevas, sí son poco populares y en general, insuficientemente conocidas en APdeBA. Después me di cuenta que si dejaba de lado la pretensión de ser convincente, me resultaría útil tomarme el trabajo de aclarar y confrontar mis ideas con ustedes.

En primer lugar, me gustaría decir que para mí, tanto en la praxis como en la especulación, la oposición vínculo-relación de objeto no tiene una pregnancia significativa a pesar de reconocer la importancia de ambos conceptos para el trabajo analítico.

Si me atuviera al planteo de Janine Puget en su artículo de la revista de APdeBA sobre este tema, al cual tomaré como referente más adelante, yo quedaría incluido en el grupo de aquéllos que al poner el acento en los mecanismos que reúnen al sujeto con su

objeto, tienen la tendencia a no diferenciar con claridad relación de objeto y vínculo.

Tengo la impresión que la razón es que precisamente los conceptos de self, objeto del self, relación self-objeto del self y más propiamente experiencias tipo objeto del self, probablemente contienen elementos referidos tanto a relación de objeto como a vínculo, de modo tal que actuando como conceptos puente eliminan, o mejor dicho atenúan, la oposición que puede existir entre aquellos dos conceptos polares.

Más allá de la obvia relación entre el estudio de las configuraciones vinculares y el análisis de pareja y familia, me parece que quizás el desarrollo de las teorías del vínculo, y las del self y los objetos del self obedecen, al menos en parte, a razones parecidas. Esto es la necesidad de dar cuenta de una serie de fenómenos clínicos que suceden en la zona de encuentro de las subjetividades de los objetos, la experiencia de las influencias mutuas entre los sujetos y, más desde el campo de la teoría, a un reexamen de la teoría del narcisismo al que nos conduce la clínica cotidiana y la patología de frontera.

Sé que con lo mínimo que he expresado hasta acá, ya estoy incursionando en el terreno fangoso de la comparación entre teorías. Comparto el escepticismo de muchos sobre la “traducción” de teorías en psicoanálisis, por el empobrecimiento que se ejerce sobre el racimo de significados que encierran ciertos términos en sus respectivos esquemas referenciales.

Aunque nadie parezca pretender conscientemente encontrar o definir una teoría única que explique todo, sin embargo tanto nuestros pensamientos privados como las discusiones públicas en los foros analíticos están llenos de frases como “eso no es más que...” o “esa es otra manera de decir que...” o “acaso eso no es realmente lo mismo que Fulano describió como...”, etc.

Conjuntamente con esto, Arnold Goldberg decía hace poco, que criticar una teoría por ser demasiado diferente en algún aspecto es algo parecido a condenar un libro por ser legible; eso es justamente lo que se supone que sea.

Posiblemente esas traducciones incorrectas, que necesariamente desembocan en malentendidos, generan visiones distorsionadas de las teorías. Digo distorsionadas, no totalmente falsas. Por ejemplo, se dice a veces que ciertas teorías del self son “ambientalistas”, en desmedro del mundo interno del paciente.

Pero lo cierto es que el Winnicott de “no existe tal cosa llamada bebé” podría extenderse a “no existe tal cosa llamada self” en tanto no puede existir aislado de ciertas configuraciones vinculares. Es decir, necesariamente está inmerso en una matriz de objetos del self con quienes interactúa. El medio de objetos del self actúa tal como el oxígeno para el organismo biológico. No se percibe directamente, pero sin él la vida es inconcebible.

Retorno ahora a un punto de unión, de convergencia para las teorías de las relaciones de objeto, del vínculo, del self: la transferencia. Transferencia como reedición de relación de objeto, de vínculo, transferencia tipo objeto del self sigue siendo instrumento-esencia del análisis. Quizás en la forma que entiendo la actualización transferencial de las experiencias arcaicas con los objetos del self hay algo que pertenece a las relaciones de objeto y algo que surge de la presencia del objeto, aunque luego esa presencia sea fallida o insuficiente y en consecuencia active antiguas experiencias insatisfactorias. Recuerdo a Ch. Bollas cuando dice que “la estructura del yo es la huella de un vínculo”.

Aquí es necesario reconocer que el hecho de la transferencia entraña ciertas diferencias que pueden ser sustanciales. Detrás de ella sigue habiendo una motivación inconciente, pero podrá haber no sólo lugar para el deseo sexual reprimido. Se podría ampliar al incluir a las necesidades narcisistas, de experiencias tipo objeto del self.

No puedo seguir sin aclarar qué se entiende por esto. Los que ya lo conocen disculpen la reiteración. Más que dar una definición, siguiendo a E. Wolf, quiero poner un ejemplo bien cercano a lo que estamos haciendo.

Imagínense ustedes ante un micrófono, dando una charla a un grupo considerable de colegas, en una institución prestigiosa. Al principio uno se siente bastante bien, aunque con una ligera aprensión. ¿Cómo habrán de recibir lo que tengo que decir? ¿Cómo me saldrá?... De un modo optimista supongamos que uno va diciendo lo que ha pensado y los asistentes escuchan más o menos atentamente. El disertante se siente bien porque percibe que es escuchado y que hay una respuesta. Eso lo hace sentir más seguro, su autoestima se incrementa. Puede haber en el público algún gesto de asentimiento, de interés.

Formulándolo en términos teóricos, uno necesita esta responsividad porque nuestro self, que es una estructura psicológica,

necesita ciertas respuestas psicológicas del medio para mantenerse cohesivo y vigoroso. Estas respuestas son provistas al self por diversos objetos, que llamamos *self object*, a su vez llamamos *experiencias tipo objeto del self* a la interacción que se produce entre el self y el objeto del self.

Creo que esa interacción se acerca, pero no llega a coincidir, con lo que sería una experiencia vincular, que se ubica en un contexto intersubjetivo.

En la infancia estas funciones de los objetos del self son cumplidas por las figuras parentales y luego sufren una evolución y transformación. Si la interacción es adecuada, lo que implica necesariamente ciertas deficiencias no traumáticas, el self del chico se desarrolla y puede cumplir por sí mismo algunas de las funciones de los objetos del self, otras pasarán a ser cumplidas por nuevos objetos del self que complementan desde el medio ambiente brindando reconocimiento, protección, estimulación, etc.

Es decir que la necesidad de esa función de soporte del self que llevan a cabo los objetos del self, nunca desaparece aunque con la maduración psicológica se torna menos perentoria.

En otras palabras, hubo vínculos arcaicos con objetos self, más adelante parte de esas experiencias fueron internalizadas y producen cambios en la estructura. Así entonces parte de las funciones, por ejemplo la fusión tranquilizadora con un objeto idealizado, se cumplen en una relación internalizada, y en parte el sujeto sigue necesitando vínculos con objetos self ahora más evolucionados, incluso de orden abstracto.

Aquí es donde les decía que me parece ver por una parte una relación de objeto internalizada y por otro lado la importancia de un vínculo intersubjetivo que provee a necesidades vitales para el sujeto. Ambas cosas se actualizan en la relación analítica. No podemos sin embargo escapar a una paradoja, porque hablando estrictamente, la relación self-objeto self se refiere a una experiencia intrapsíquica y no describe la relación interpersonal entre el self y los objetos.

Si enfocamos las cosas así, tarde o temprano se nos presenta el problema del narcisismo: recordemos que, muy cerca de lo que estoy delineando, Bollas describe lo que él llama el *momento estético* como una experiencia de raptó que ampara al self y al otro en simetría y soledad. En cambio, Puget dice que en la

organización del vínculo la presencia del otro, en su alteridad, *salva* de la fusión narcisista.

Se perciben entonces dos visiones diferentes del *narcisismo*. En la perspectiva del self, que trato de mostrar, deja de tener un sentido predominantemente regresivo, defensivo o resistencial y pasa a ser considerado nuclear e incluso prospectivo, casi al servicio del desarrollo; mientras que ciertos fenómenos de sexualización o agresividad resultan ser productos ora defensivos, ora de desintegración del self.

Para no quedar enredados en la teoría, volvamos ahora a la viñeta y al sillón del panelista.

En vez de nuestra suposición optimista anterior, pensemos que la audiencia se está aburriendo un poco con la presentación. El conferencista descubre algún bostezo disimulado, otro espectador se refriega los ojos, varios de los asistentes se revuelven incómodos en sus asientos y en el fondo del salón alguno se escapa disimuladamente. ¿Qué sucede entonces con el orgulloso *teacher* del ejemplo anterior? Posiblemente empiece a sentirse más bien incómodo, por momentos distraído y más inseguro de sí mismo. Puede atropellarse en las palabras y que se le ahogue un poco la voz. No necesito explicar qué se siente cuando uno no tiene respuesta y se desconecta del medio. Aunque sea aquel día que contamos un chiste que nadie entendió, todos hemos experimentado alguna vez ese estado desagradable que puede parecerse también al sentirse rodeado de extraños que hablan otro idioma que uno no alcanza a comprender.

En términos conceptuales, el self se ha fragmentado parcialmente por insuficientes respuestas de los objetos del self. Hay un lindo ejemplo gráfico del efecto de la brusca desconexión de los objetos del self en la película “La Familia” de E. Scola, en el juego que practica el tío de Carlino cuando llama al chico por su nombre y al mismo tiempo mira por sobre él como si no lo viera. Carlino se desespera y se angustia cuando busca infructuosamente hacerse ver por el tío que entre tanto lo llama y lo ignora al mismo tiempo.

La cohesión, vitalidad, armonía del self pueden perderse gradual o súbitamente sea por razones psicológicas, orgánicas, tóxicas o por *alteraciones en la matriz de objetos del self* y esto último parece remitir a una experiencia vincular.

Aquellos vínculos, con raíces tempranas, se hacen presentes

en la transferencia, dando entonces la posibilidad de analizar e interpretar tanto sus características como el tono que toman las reacciones a su inevitable interrupción.

Para ir terminando mi parte, dos cosas: 1º) ¿a qué me refiero al hablar de necesidades narcisistas? Kohut describió tres tipos (otros autores, basándose en las investigaciones de Stern y Sander sugieren algunas más).

1) *Necesidades de espejamiento*. Se refieren a la necesidad de sentirse confirmado, reconocido, de ser aceptado y apreciado. Esto se asocia con la tendencia a exhibir y mostrar el propio self o los logros que los representan (aquí aparece una concepción especial de las fantasías exhibicionistas).

2) *Necesidades de idealización*. Experimentarse a uno mismo formando parte de un objeto self admirado y respetado. Hace falta unirse a un objeto self estable, calmo, no ansioso, poderoso, protector; es decir que posea las características de las que el self adolece en ese momento.

3) *Necesidades gemelares o de alter ego*. Necesidad de experimentar una similitud, igualdad o fraternidad con otros objetos self, sean hermanos, compañeros, colegas, camaradas o correligionarios.

En cualquier relación más o menos intensa o prolongada, estas necesidades tienden a movilizarse y participan del vínculo. En tal sentido me parece que pueden surgir variantes apreciables que se deslizan de la conceptualización a la postura del analista e impregnan imperceptiblemente la situación analítica si se aborda a estos fenómenos como defensas primitivas que dañan el vínculo, o si se los concibe como la inevitable expresión de genuinas y ocultas necesidades que emanan del self nuclear y verdadero del paciente.

Esto me lleva finalmente a una aclaración colateral pero que creo pertinente: casi todos los fenómenos que he mencionado en torno al self y sus vicisitudes ya han sido antes, de una u otra manera, objeto de observación analítica y han sido tratados siempre con delicadeza y eficacia por los analistas que son competentes y empáticos desde diversos esquemas referenciales. La diferencia estriba, reitero, en que suelen ser considerados periféricos o secundarios ante otros conflictos sexuales o agresivos. Aquí, de la mano de una visión del narcisismo como línea evolutiva relativamente independiente, pueden en cambio apare-

MESA REDONDA

cer como primarios o centrales.

Para terminar, aunque yo no me dedico regularmente a terapia familiar, alcanzo a vislumbrar el peso de las configuraciones narcisistas no sólo en los análisis individuales, sino también cuando tengo que utilizar un encuadre de pareja o familia, especialmente en el tratamiento de adolescentes muy perturbados. Cómo y cuánto de lo que comenté hoy se despliega en el inconciente vincular, con franqueza escapa a mis posibilidades actuales de dilucidación. Espero que la reunión de hoy me ayude al respecto.

Descriptores: Objeto. Relación de objeto. Vínculo.

*Felisa Waksman de Fisch*  
Ayacucho 1739, 15° “D”  
1112 Buenos Aires  
Argentina

*Rodolfo Moguillansky*  
Barrientos 1566 10° “C”  
1115 Buenos Aires  
Argentina

*Julio Moreno*  
Las Heras 2925, PB “4”  
1425 Buenos Aires  
Argentina

*Alfredo Ortiz Frágola*  
Av. Callao 1121, 8°  
1023 Buenos Aires  
Argentina